



Serendipia

*Revista Electrónica del Programa de
Cooperación Interfacultades*

ISSN: 2443-44-34

Vol. 4 N° 8 Julio – Diciembre 2015

« A veces feliz, a veces aburrida, triste... »

Dra. Dominique GAY-SYLVESTRE
Dir. EA 6311 FRED
Dir. Red internacional ALEC
FLSH Universidad de Limoges, Francia
@dominique.gay-sylvestre@wanadoo.fr

Resumen

« A veces feliz, a veces aburrida, triste... » es el primero de tres retratos de mujeres tzotziles oriundas de los municipios de Chenalhó, Natividad y Mitontic (Chiapas, México). Sus relatos, testimonios concedidos a la autora en febrero de 2012 en las localidades y comunidades citadas, enseñan el largo camino que queda por recorrer a las mujeres indígenas chiapanecas para liberarse del poder masculino y del peso de las tradiciones.

Este trabajo de terreno también pone de relieve las carencias de todas clases que perduran en algunos ámbitos de la sociedad mexicana y la necesidad, cada vez más apremiante, de proporcionar a estas mujeres, mediante la educación, la clave para apoderarse de su destino y llevar una vida mejor.

Palabras clave: mujeres tzotziles, Chiapas, relato de vida, calidad de vida, empoderamiento

“Pourquoi faut-il que la vie ne soit qu’un choix entre des renoncements”
Maud Tabachnik

Relatos de vida

La carretera desde San Cristóbal de las Casas al pueblo tzotzil de Chenalhó, este domingo de febrero del 2012, no es muy concurrida. El paisaje magnífico, salvaje, majestuoso hace olvidar los numerosos baches y curvas. M.E. la supervisora de educación y salud ha venido a recogerme a mi hotel, para llevarme al pueblo de Chenalhó donde nos ha citado M., una de las promotoras de salud tzotzil, encargada del cuidado de las mujeres de una de las comunidades ubicadas alrededor del pueblo.

Durante el viaje, M.E. y su esposo conversan en tzotzil, mezclando de vez en cuando algunas que otras palabras en español, lo que me da una orientación sobre el tema de su plática. En realidad, ensorbecida por lo que me rodea, me dejo llevar por la música de la lengua tzotzil, dejando que mis oídos se familiaricen con ella.

La plaza del pueblo, aplastada por el sol, está desierta. Sentada en la sombra de los portales, una mujer de unos treinta años, de largas trenzas negras y franca sonrisa se levanta al vernos llegar. Se dirige directamente a M.E. y, mirándome de reojo, le habla en tzotzil. La supervisora hace las presentaciones y, mientras nos dirigimos hacia el carro parqueado en la sombra, para ir a la comunidad, ellas siguen hablando animadamente en tzotzil.

El tono de las voces, las exclamaciones me dan a pensar que algo ha ocurrido que contraria los planes establecidos, pero las dos mujeres siguen departiendo sin recordar mi presencia.

A punto de interrumpirles, de repente se voltean hacia mi para informarme, sin más detalles, que no podemos acudir al lugar previsto para el encuentro, ya que ha ocurrido algo grave en casa de la mujer que nos iba a recibir. Tras reflexionar, M. indica que tiene, tal vez, la solución.

El intercambio se ha desarrollado casi exclusivamente en tzotzil, de tal forma que no sé realmente qué opción han escogido mis dos acompañantes. El carro nos lleva a unos pocos kilómetros del pueblo, por una carretera sinuosa y estrecha que no me deja pensar; pero, no importa, me dejo guiar. No hay ni un alma, cuando de repente, nuestra atención es atraída por un grupo de hombres, y unas pocas mujeres, de pie, entrando y saliendo, silenciosos todos, de una casa humilde y bajita, instalada al borde de la carretera.

El hueco enorme de la entrada de la casa, sin puerta, da a un lugar oscuro, que nada tiene de atractivo. “Ahí es donde iban a recibirnos” comenta la supervisora. Anoche, antes de acostarse, cansada de la vida, Josefina¹, de 22 años, con 3 hijos, se suicidó, ingiriendo tres vasos de detergente...

A pocos metros de la casa, dos mujeres sentadas en unas sillas de plástico, nos miran sin manifestar curiosidad alguna. M. se acerca a ella para preguntarles si me quieren recibir y si me autorizan, bajo su supervisión, a que yo platique con ellas. Por suerte, comenta M. también está la hija y ella también ha consentido en atenderme.

Vestida con el típico traje tzotzil, Margarita, tímida y recelosa sale a nuestro encuentro con sus dos hijos, agarrados de la falda negra de su madre. Han ido a buscar otras sillas y sentadas todas² formamos un círculo mientras los niños revolotean, felices.

M. que ha encontrado a Margarita en una de sus charlas como promotora de salud, servirá de intérprete ya que la muchacha no habla español. Sin embargo, ésta se muestra reticente en conversar y sus respuestas sólo llegan tras largos y embarazosos silencios. La presentación rápida que hizo de mí M. y el hecho de que yo haya viajado desde tan lejos para verla, con razón, la han impresionado; de tal forma que, temerosa, sólo me mira de reojo. Es importante no manifestar nada, ser paciente y dejar que la relación se entable naturalmente. Por lo demás, cuando se atreve a mirarme, arriesga Margarita una leve sonrisa en un rostro magnífico, que descubre en la parte superior de la boca, unos dientes de acero.

Margarita vive sola con sus dos hijos³: uno de casi cinco años y el otro con poco más de dos años. El esposo de ella, la viene a ver cada dos o tres días pero él reside en Jotometric, otra localidad cercana. Poco a poco se modifica la actitud de la joven: se le afianza la voz hasta el punto de que, sin mirar ya a la intérprete para encontrar la respuesta adecuada, Margarita me habla directamente en español.

Para no romper el lazo tenue que estamos tejiendo, no me doy por aludida. Se construye pausadamente nuestro intercambio: silencios, miradas, sonrisas, palabras breves.

¹ Nombre atribuido por la autora.

² El esposo de M.E. se quedó en el carro para no perturbar el intercambio con las mujeres.

³ En la comunidad de Yochol.

Tan frágil, tan leve y delicado. Las dos aisladas y olvidadas de lo que nos rodea, del resto del grupo, indiferente y pasivo que chacharea al lado nuestro. Los ojos de Margarita, ojos negros y profundos me atraviesan y me confunden. En ese instante, sobran las palabras.

Mientras tanto, los niños, tranquilizados por la actitud de la madre, se acercan y aunque tímidamente aún, me tocan con sus deditos y salen corriendo, riéndose ufanos de su temeridad y abalanzándose peligrosamente al barranco junto al cual está construida la casa.

De pronto, sin que nos hayamos percatado de su presencia, asoma el rostro de un hombre por el umbral de la casa, detrás de Margarita. Me mira detenidamente, sin hablar. Desconcertada por su silencio y la hostilidad que encierra su mirada, pregunto a M si él entiende español. “¿Por qué no aprueba si sabe? contesta ella. En su silla, Margarita, ha recobrado su postura inicial y encogida, dirige la mirada hacia el suelo.

Me dirijo entonces al hombre que aparenta no entender la pregunta. Sigue sin contestarme y su mirada que sigue fija en mí empieza a incomodarme. Rompiendo el silencio, pesado, que se ha establecido, la educadora acaba por decir: “Es el esposo”. Ante mi sorpresa, Margarita se ríe y todas a un tiempo se ríen de mí, lo que tiene como consecuencia aliviar el ambiente. En medio de las risas, el hombre suelta: “un poco”...

Tiene 32 años y ejerce de conductor de camión. Fue así cómo conoció a Margarita: ella tenía 17 años en aquel entonces y “la enamoró”. Pero con ella, sólo se juntó, pues ya tenía otra esposa. Ésta tiene ahora 29 años y vive en otro pueblo, con los tres hijos⁴ que tuvo de su esposo; así que Margarita se queda sola:

“Bueno es que nosotros, así me gusta; tengo dos mujer⁵. Ella como que vive sola, pero nosotros, yo vengo a visitarla cada dos días, tres días. Le construí una casita pá quel vive solita, tranquila, pues es que él no quiere vivir en la comunidad; no quiere ir hasta allá; por eso le construyo una casita aquí. Es que aquí vive su mamá y quiere vivir con su mamá, por eso. Así es todo.”

Aclara el hombre⁶. “Mi otra mujer ve la situación por igual. No importa ya haya dos, sólo que tiene comida y vive tranquila”.

Nuestra conversación es interrumpida por un tzotzil, amigo del hombre. Ebrio y agresivo, con una botella de cerveza en la mano, se me acerca e insiste en que yo tome de ella. Mi negativa, aunque cortés, refuerza su voluntad de buscarme camorra. El grupo ha dejado de hablar para observar la manera cómo voy a salir de apuros. La cantidad excesiva de alcohol ingerida le permite plantearme las preguntas que los demás (hombre y mujeres) no se han atrevido a hacerme: ¿A qué viene una no indígena y, para colmo, mujer? Mi respuesta parece satisfacerle y se inicia entre nosotros dos un corto y animado juego verbal al que pone un término el “esposo” de Margarita. Tambaleando, los dos hombres salen del lugar.

Como si nada, el grupo de mujeres ha reanudado su charla en tzotzil. Margarita me mira cómo consultándome: “¿Seguimos?” y se dirige en tzotzil a M. para decirle que puedo continuar haciéndole preguntas. Aunque haya usado de nuevo su lengua, ya sé que es el único

⁴ Tienen respectivamente 13, 9 y 6 años.

⁵ En realidad, tiene 3 mujeres, la tercera no tiene hijos aún.

⁶ Así se le denominará o el esposo, ya que no quiso darnos su nombre.

modo a su disposición para retomar la comunicación interrumpida. Por otra parte, la que reinició la conversación fue ella y no yo, lo que le confiere otra tonalidad.

Margarita llegó hasta sexto de primaria pero no encontró trabajo pues no sabía “donde ir a trabajar”. Su sueño de “ser secretaria” provoca la risa de todas las mujeres: “¡ja, ja, secretaria!”. “Y, ¿por qué no? ¡Hay que tener sueños!”, manifiesto, lo que me vale un “Sí” casi inaudible por parte de Margarita.

Mirándola directamente, sin pasar por el trujimán de M., le pregunto cómo pasa sus días. Su respuesta, un murmullo, es como un secreto que me entrega: “A veces feliz, a veces aburrida, triste...”.

“Feliz... A veces me siento con mi mama y me siento feliz. Sí. Triste, porque no sé dónde voy a conseguir dinero para todo lo que quiero. Me gustaría construir más casas; un poco más grande. Vivir mejor con mis hijos... Aburrida, porque vivo sola todo el tiempo. Y, sí la verdad, me molesta.”

Tras un silencio ella prosigue:

“A veces me gustaría con muchachas de mi edad, a veces non. Todo el día no estoy haciendo nada. Estoy bordando y nada más, haciendo mis ropas. A veces trabajo en el campo, recogiendo café, haciendo la milpa.”

“Pero, ¿no sé hacer nada!” lanza ella, desesperada, como buscando ayuda en mis ojos.

- “¿Cómo así, pero si tú atiendes a tus hijos, cosas, cocinas”.
- “¿No sé cocinar tampoco!”
- “¿Tu mama no te enseñó?”
- “Sí, pero hago mal.”
- “Y ¿dónde está tu mama?”
- “Ahí”.
-

Volteándome, descubro a una mujer con los ojos clavados en nosotras dos. “¿Cómo se llama tu mama?”. “Sebastiana”. Al oír su nombre, los ojos de la madre sólo parpadean levemente. “Sólo sabe tztotzil” me comenta Margarita. “¿Cuántos años tiene?” “Pues, la verdad, no sé”. “Y, ¿tienes hermanos?” Una muchachita, de trenzas largas, alegre y sonriente se ha acercado a nosotras:

- “Ella es mi hermana. Tiene 11 años. El otro es un varón. Está por ahí”.
- “¿Por ahí?”
- “Sí, por ahí, no sé”.
- “¿Aceptarías hacerme visitar tu casa?”
- “¿Me da vergüenza!”
-

me responde levantándose para dirigirse a lo que ella llama su casa, que, en realidad, es sólo un cuarto grande, con una gran cama. Sin luz eléctrica: Margarita y sus hijos se despiertan al amanecer y se acuestan al anochecer y sin agua (que Margarita tiene que ir a recoger, lejos, en un pozo), la habitación, sin ventana, sin puerta (sólo cuelga una cortina) está tapizada con ropa sucia y limpia. La cama, único mueble, está desordenada. Margarita observa mi reacción,

pero no está en mí enjuiciar, solamente aprehender otra forma de vida. Pongo la mano en su hombro y, sin más, sigo platicando con ella.

- “¿Viene con frecuencia tu esposo?”
- “Sí, cada dos o tres días”
- “¿Y te da dinero?”
- “De vez en cuando.”
- “Entonces, ¿cómo haces para vivir?”
- “Pues, ahí, nada. Qué voy hacer, si no sé nada.”
- “¿Conoces a la otra mujer de tu esposo?”
- “La primera vez non, pero después sí, la conocí.”
- “Y, ¿qué pasó?”
- “Y, ahí, hablamos pues.”
- “¿Hablaste con ella?”
- “Pues, la primera, enojada. Después así y así fue”.
- “¿Qué sientes el que tenga a otra mujer?”
- “A veces me gusta, pero a veces, non. Me gustaría que esté conmigo y a veces no me gusta, porque no estoy libre...”
-

Mientras hablamos, hemos pasado a la otra casa -casa-cocina -, cercana a la que sirve de dormitorio. La comida de la tarde hierve en una olla y al remover lo que contiene, me dice de nuevo:

- “¡Ve, no sé cocinar!”
- “¡Pero, si huele rico!”
- “Y... ¡quiere otros hijos!”
-

suelta, sin mirarme.

- “Y, ¿tú?”
- “Yo, ¡non!”
-

Sin darnos cuenta, hemos empezado a hablar en voz baja. Margarita repite: “Yo no quiero, non!”

- “¿Por qué no le dices a M. que te lleve al dispensario para que te den algo?”
- “¡Noon, él se va a dar cuenta!”
- “Pero, tú no tienes que decírselo.”
- “¡Se va a dar cuenta y no puedo decirle mentira!”
-

El regreso del esposo interrumpe nuestro cuchicheo. Totalmente borracho, habla fuerte en tzotzil y tiene una actitud amenazadora. M. me aconseja que nos vayamos para evitar una reacción violenta de su parte y que Margarita sea castigada a golpes por nuestra presencia.

- “¿Volverás?” atina ella a decirme, abrazándome, antes de entrar en la casa.

Las demás mujeres no se han inmutado. Impasibles, la madre, la hija y una vecina recogen las sillas y regresan, silenciosas a su casa...

« A veces feliz, a veces aburrida, triste... » Dominique GAY-SYLVESTRE